

RENÉ DESCARTES. DISCURSO DEL MÉTODO: PARA BIEN CONDUCIR LA RAZÓN Y BUSCAR LA VERDAD EN LAS CIENCIAS

PRIMERA PARTE

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada cual piensa que posee tan buena provisión de él, que aun los más descontentadizos respecto a cualquier otra cosa no suelen apetecer más del que ya tienen. En lo cual no es verosímil que todos se engañen, sino que más bien esto demuestra que la facultad de juzgar y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que llamamos buen sentido o razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y, por lo tanto, que la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino tan solo de que dirigimos nuestros pensamientos por derroteros diferentes y no consideramos las mismas cosas. No basta, en efecto, tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio pueden llegar mucho más lejos, si van siempre por el camino recto, que los que corren, pero se apartan de él.¹

En cuanto a mí, jamás he presumido de que mi ingenio fuese, en nada, más perfecto que los del común; incluso, a menudo, he anhelado tener el pensamiento tan pronto, o la imaginación tan neta y distinta, o la memoria tan amplia, o tan presente, como algunos otros. Y no sé de otras cualidades, aparte de estas, que sirvan para la perfección del ingenio. Pues por lo que hace a la razón, o al sentido, en tanto que es la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de las bestias, quiero creer que se da toda entera en cada cual, y seguir en esto la opinión común de los filósofos, que dicen que no hay más y menos sino entre los *accidentes*, pero no entre las *formas*, o naturalezas, de los *individuos* de una misma especie.

Pero, sin temor, puedo decir, que creo que fue una gran ventura para mí el haberme metido desde joven por ciertos caminos, que me han llevado a ciertas consideraciones y máximas, con las que he formado un método, en el cual parécmeme que tengo un medio para aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto a que la mediocridad de mi ingenio y la brevedad de mi vida puedan permitirle llegar. Pues tales frutos he recogido ya de ese método que aun cuando en el juicio que sobre mí mismo hago procuro siempre inclinarme del lado de la desconfianza mejor que del de la presunción, y aunque al mirar con ánimo filosófico las distintas acciones y empresas de los hombres no hallo casi ninguna que no me parezca vana e inútil, sin embargo, no deja de producir en mí una extremada satisfacción el progreso que pienso haber realizado ya en la investigación de la verdad, y concibo tales esperanzas para el porvenir que si entre las ocupaciones que embargan a los hombres, puramente hombres, hay alguna que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he elegido por mía.²

Sin embargo, puede ser que me equivoque, y que lo que tomo por oro y diamantes no sea, tal vez, sino un poco de cobre y de vidrio. Sé cuán sujetos estamos a engañarnos en lo que nos toca, y, también, cuán sospechosos deben ser los juicios de nuestros amigos cuando nos son favorables. Mas con mucho gusto mostraré en este discurso cuáles son los caminos que he seguido yo, y representaré en él mi vida como en un cuadro, con el fin de que cada cual pueda juzgar de ellos y de que, al conocer por su rumor común las opiniones que a su propósito se tengan, sea un nuevo medio para instruirme, el cual añadiré a aquellos de los que acostumbro a servirme.

Así, mi designio no es el de enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para conducir bien su razón, sino solamente el de mostrar de qué suerte he tratado yo de conducir la mía. Quienes se meten a dar preceptos deben estimarse como más hábiles que aquellos a quienes se los dan, y si faltan en la menor cosa, son por ello censurables. Mas, al no proponer

¹ Prueba de Acceso a la Universidad – Junio 2018.

² Prueba de acceso a la universidad – Julio 2019

este escrito sino como una historia, o, si así lo preferís, como una fábula en la que, entre algunos ejemplos que pueden ser imitados, tal vez se hallen también muchos otros que se tendrá razón en no seguir, espero que sea útil para algunos sin ser perjudicial para nadie, y que todos me agradecerán mi franqueza.

He sido criado en las letras desde mi infancia, y, como se me persuadió de que por su medio se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tuve un deseo extremo de aprenderlas. Pero tan pronto como hube completado todo este curso de estudios, a cuyo término es costumbre ser recibido en el rango de los doctos, cambié enteramente de opinión. Pues me encontré cargado de tantas dudas y errores que me parecía que, tratando de instruirme, no había sacado otro provecho que el de haber descubierto cada vez más mi ignorancia. Y, sin embargo, estaba en una de las escuelas más célebres de Europa, en la que pensaba que debía haber hombres sabios, si es que los había en algún lugar de la tierra. En ella había aprendido todo lo que los demás aprendían, e incluso, no habiéndome contentado con las ciencias que se nos enseñaban, había hojeado todos los libros que tratan de las que se estiman como las más curiosas y más raras, que habían podido caer en mis manos. Además, sabía qué juicios hacían los demás sobre mí, y no veía que se me estimase inferior a mis condiscípulos, aunque entre ellos hubiese ya algunos a los que se destinaba a ocupar los puestos de nuestros maestros. Y, por último, nuestro siglo me parecía tan floreciente y tan fértil en buenos ingenios como lo haya sido cualquiera de los anteriores. Lo cual me llevó a tomarme la libertad de juzgar a todos los demás a partir de mí mismo, y de pensar que no había doctrina en el mundo que fuese tal como antes se me había hecho esperar.

No obstante, no dejaba de estimar los ejercicios en los que uno se ocupa en las escuelas. Sabía que las lenguas que allí se aprenden son necesarias para la inteligencia de los libros antiguos; que la gentileza de las fábulas despierta el ingenio; que las acciones memorables de las historias lo elevan y que, al ser leídas con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con las gentes más cultivadas de los siglos pasados, que han sido sus autores, e incluso una conversación meditada en la que no nos descubren sino los mejores de sus pensamientos; que la elocuencia posee fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía guarda primores y delicias muy arrebatadoras; que las matemáticas encierran invenciones muy sútiles y que pueden servir mucho, tanto para contentar a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan de las costumbres contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud que son muy útiles; que la teología enseña a ganarse el cielo; que la filosofía proporciona un medio para hablar verosímilmente de todas las cosas y hacerse admirar por los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias aportan honores y riquezas a quienes las cultivan; y, por último, que es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, a fin de conocer su justo valor y guardarse de ser engañado por ellas.

Mas creía haber concedido ya bastante tiempo a las lenguas, e incluso también a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias, y a sus fábulas. Pues conversar con los de otros siglos es casi lo mismo que viajar. Es bueno saber algo acerca de las costumbres de los diversos pueblos a fin de juzgar más sanamente acerca de las nuestras, y de que no pensemos que todo lo que va contra nuestros usos es ridículo y contrario a la razón, como acostumbran a hacer quienes no han visto nada. Pero cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, uno se vuelve, finalmente, extranjero en su propio país; y cuando se es demasiado curioso de las cosas que se practicaban en los siglos pasados, normalmente se permanece demasiado ignorante de las que se practican en este. Aparte de que las fábulas hacen que imaginemos muchos acontecimientos como posibles, cuando no lo son, y que incluso las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres. De donde procede que el resto no parezca tal como es, y que quienes regulan sus costumbres según los ejemplos que extraen de ellas estén sujetos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas, y a concebir designios que sobrepasan sus fuerzas.

Estimaba mucho la elocuencia, y estaba enamorado de la poesía; más pensaba que una y otra eran antes dones del ingenio que frutos del estudio. Aquellos cuyo razonamiento es el más fuerte y digieren mejor sus pensamientos, a fin de tornarlos claros e inteligibles, son siempre los que mejor pueden persuadir lo que proponen, aunque no hablasen más que el bajo bretón y jamás hubieran aprendido retórica. Y quienes dan con las invenciones más agradables y las saben expresar con el mayor ornato y dulzura, no dejarían de ser los mejores poetas aun cuando el arte poética les fuese desconocido.

Me complacía sobre todo con las matemáticas, debido a la certeza y a la evidencia de sus razones; mas no notaba aún su verdadero uso, y, pensando que solo servían para las artes mecánicas, me asombraba de que, siendo sus fundamentos tan firmes y sólidos, no se hubiera edificado nada más elevado sobre ellos. Comparaba, por el contrario, los escritos de los antiguos paganos que tratan de las costumbres, con palacios muy soberbios y muy magníficos que no están edificados sino sobre arena y lodo. Elevan muy alto las virtudes, y las muestran como estimables, por encima de todas las cosas que hay en el mundo; mas no enseñan lo bastante a conocerlas, y, a menudo, lo que llaman con tan bello nombre no es sino insensibilidad, u orgullo, o desesperación, o un parricidio.

Reverenciaba nuestra teología y pretendía, tanto como el que más, ganarme el cielo; pero, habiendo aprendido como algo muy seguro que el camino hacia él no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que a él conducen están por encima de nuestra inteligencia, no habría osado someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que, para emprender su examen y tener algún éxito, era preciso contar con alguna asistencia extraordinaria del cielo, y ser más que hombre.

Nada diré de la filosofía, a no ser que, viendo que ha sido cultivada por las más excelentes mentes que han vivido desde hace varios siglos, y que, sin embargo, nada hay en ella de lo que todavía no se discuta y, en consecuencia, que no sea dudoso, no poseña presunción bastante como para esperar abordarla mejor que los demás. Y [también diré] que, al considerar cuántas opiniones diversas puede haber en ella, tocantes a un mismo asunto, sostenidas por gentes doctas, sin que pueda haber nunca más de una sola que sea verdadera, reputaba casi como falso todo lo que no era sino verosímil.

Después, por lo que hace a las otras ciencias, en tanto que toman sus principios de la filosofía, juzgaba que no se podía haber edificado nada que fuese sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni la ganancia que prometen eran suficientes para invitarme a aprenderlas, pues no sentía, gracias a Dios, que mi condición me obligase a hacer de la ciencia mi oficio para aliviar mi fortuna. Y aunque no me jactase yo de despreciar la gloria, como un cínico, no obstante, tenía en muy poco a aquella que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y, finalmente, en cuanto a las malas doctrinas, pensaba conocer ya suficientemente lo que valen como para no estar ya sujeto a ser engañado ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la fanfarronería de quienes proclaman saber más de lo que saben.

Por esto, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné enteramente el estudio de las letras. Y, resolviéndome a no buscar ya más ciencia que la que se pudiera encontrar en mí mismo, o en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en frecuentar a gentes de diversos humores y condiciones, en recoger diversas experiencias, en probarme a mí mismo en los encuentros que la fortuna me propuso, y, en todas partes, en hacer una reflexión tal sobre las cosas que se presentasen, que pudiese sacar algún provecho de ellas. Pues me parecía que podría encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada cual hace acerca de los asuntos que le importan, y cuyo desenlace le debe castigar inmediatamente después si ha juzgado mal, que en aquellos que hace un hombre de letras en su gabinete tocantes a especulaciones que no producen ningún efecto y que no le acarrean otras consecuencias sino que, tal vez, obtendrá de ellos tanta más vanidad cuanto más alejados estén del sentido común, a causa de que habrá debido emplear tanto más ingenio y artificio para tratar de tornarlos verosímiles.

Y siempre tenía un deseo extremo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad en esta vida.

Es verdad que mientras no hacía otra cosa que considerar las costumbres de los demás hombres, apenas encontraba algo que me diera seguridad, y que observaba en ellas casi tanta diversidad como la que antes había advertido entre las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que sacaba de esto consistía en que, al ver muchas cosas que, aun cuando nos parecen muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser comúnmente aceptadas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer demasiado firmemente nada que me hubiese sido inculcado solo por el ejemplo y la costumbre; y así, poco a poco, me libraba de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural y tornarnos menos capaces de escuchar la razón. Mas después de que hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo, y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo y de emplear todas las fuerzas de mi ingenio en elegir los caminos que debía seguir. Lo cual me resultó mucho mejor, me parece, que si jamás me hubiese alejado de mi país ni de mis libros.

SEGUNDA PARTE

Estaba entonces en Alemania, a donde me había llamado la ocasión de las guerras que aún no han terminado; y cuando volvía al ejército tras la coronación del emperador, el comienzo del invierno me detuvo en un cuartel, donde, no encontrando ninguna conversación que me distrajese, y no teniendo, felizmente, por lo demás, ninguna preocupación ni pasiones que me turbasen, me pasaba todo el día encerrado solo en una habitación caldeada por una estufa, donde disponía de todo el ocio para dar vueltas a mis pensamientos. Entre los cuales, uno de los primeros fue el de considerar que, a menudo, no hay tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y hechas por mano de diversos maestros, como en aquellas otras en las que ha trabajado uno solo. Así, vemos que los edificios que ha emprendido y llevado a término un solo arquitecto suelen ser más bellos y estar mejor ordenados que aquellos otros que varios han tratado de recomponer sirviéndose de viejos muros edificados antes para otros fines. Así, esas ciudades antiguas que, al no haber sido al principio sino aldeas, se han convertido, por la sucesión del tiempo, en grandes ciudades, están habitualmente tan mal acompañadas, en comparación con esas plazas regulares que un ingeniero traza en un llano según su fantasía, que aun cuando, considerando cada uno de sus edificios aparte, a menudo encontramos tanto o más arte que en los de los otros, no obstante, viendo cómo están ordenados —aquí uno grande, allá otro pequeño—, y cómo tornan las calles curvas y desiguales, se diría que ha sido antes la fortuna que la voluntad de algunos hombres que usan de la razón lo que los ha dispuesto así. Y si se considera, sin embargo, que en todo tiempo ha habido algunos oficiales que han tenido a su cargo velar por que los edificios de los particulares sirviesen al ornamento de lo público, se conocerá bien que es difícil hacer cosas muy acabadas cuando no se trabaja sino sobre las obras de otro. Así, me imaginaba yo que los pueblos que, habiendo sido antaño semisalvajes y no habiéndose civilizado sino poco a poco, no han hecho sus leyes más que a medida que el malestar [provocado por] los crímenes y las querellas les ha constreñido a ello, no podrían estar tan bien ordenados políticamente como aquellos que, desde el momento en que se reunieron en asamblea por primera vez, han observado las constituciones de algún legislador prudente. Al igual que es muy cierto que el estado de la verdadera religión, cuyas ordenanzas ha hecho Dios solo, debe estar incomparablemente mejor regulado que todos los demás. Y por hablar de las cosas humanas, creo que si Esparta ha sido muy floreciente antaño, ello no ha sido a causa de la bondad de cada una de sus leyes en particular, dado que muchas eran muy extrañas e incluso contrarias a las buenas costumbres, sino a causa de que, no habiendo sido inventadas sino por uno solo, todas tendían al mismo fin. Y así, pensaba que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyas razones no son más que probables y no poseen ninguna demostración, al haberse compuesto y engrosado poco a poco con las opiniones de muchas

personas diversas, no se acercan tanto a la verdad como los simples razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido en lo tocante a las cosas que se presentan. Y así, todavía pensaba yo que, puesto que todos hemos sido niños antes de ser hombres, y durante mucho tiempo hemos tenido que ser gobernados por nuestros apetitos y nuestros preceptores —los cuales, a menudo, eran contrarios unos a otros—, y puesto que ni unos ni otros nos aconsejaban, tal vez, siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros, ni tan sólidos, como lo habrían sido si hubiésemos tenido el uso entero de nuestra razón desde el momento de nuestro nacimiento y jamás hubiésemos sido conducidos sino por ella.

Es verdad que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad por el solo designio de rehacerlas de otra manera y de hacer sus calles más bellas; mas vemos bien que muchos hacen derribar las suyas para reconstruirlas, y que a veces, incluso, son constreñidos a ello cuando corren el peligro de derrumbarse y sus fundamentos no son bien firmes. Ante este ejemplo, me persuadí de que, verdaderamente, era poco probable que un particular formase el designio de reformar un Estado cambiándolo todo en él desde sus fundamentos y derribándolo para volver a alzarlo; ni siquiera tampoco el de reformar el cuerpo de las ciencias, o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; sino que, por lo que hace a todas las opiniones que había aceptado hasta entonces en mi creencia, nada podía hacer que fuese mejor que emprender, de una vez por todas, despojarme de ellas, a fin de cambiarlas después por otras mejores o de quedarme con las mismas cuando las hubiera ajustado al rasero de la razón. Y creí firmemente que, por este medio, conseguiría conducir mi vida mucho mejor que si edificase solo sobre viejos fundamentos y me apoyase únicamente en los principios de que me había dejado persuadir en mi juventud sin haber examinado jamás si eran verdaderos. Pues aunque notase en esto diversas dificultades, sin embargo no carecían de remedio, ni eran comparables a las que se hallan en la reforma de las menores cosas que tocan a lo público. Estos grandes cuerpos, una vez abatidos, son demasiado difíciles de levantar, o incluso de mantener, cuando han sido sacudidos, y sus caídas no pueden ser sino muy rudas. Después, en cuanto a sus imperfecciones, si es que tienen alguna —y la sola diversidad que se da entre ellos es suficiente para asegurar que muchos la tienen—, el uso las ha suavizado, sin duda, mucho; e incluso ha evitado o corregido insensiblemente muchas que no se pueden atajar tan bien con la prudencia. Y, por último, son casi siempre más soportables de lo que lo sería su cambio, de la misma manera que las vías reales que serpentean entre montañas se vuelven poco a poco tan lisas y cómodas, a fuerza de ser frecuentadas, que es mucho mejor seguirlas que intentar ir más derecho escalando las rocas y descendiendo hasta el fondo de los precipicios.

Por ello, no podría yo aprobar en modo alguno a esos humores enredadores e inquietos que, no habiendo sido llamados ni por su cuna ni por su fortuna al manejo de los asuntos públicos, nunca dejan de hacer en ellos, en idea, alguna nueva reforma. Y si pensase que hay en este escrito la menor cosa por la que se pudiera sospechar en mí esta locura, me afligiría mucho sufrir que fuese publicado. Mi designio jamás se ha extendido más allá de intentar reformar mis propios pensamientos y edificar sobre un fondo que es del todo mío. Y si, habiéndome satisfecho bastante mi obra, os muestro aquí el modelo, no por ello pretendo aconsejar a nadie su imitación. Aquellos entre quienes Dios ha repartido mejor sus gracias, tal vez tengan designios más elevados; mas mucho me temo que este no sea ya sino demasiado atrevido para muchos. La sola resolución de deshacerse de todas las opiniones que anteriormente han sido aceptadas como creencia propia no es un ejemplo que todos deban seguir; y el mundo casi no se compone más que de dos suertes de ingenios a los que ello no les conviene en modo alguno. A saber, de aquellos que creyéndose más hábiles de lo que son, no pueden impedir precipitar sus juicios, ni tienen bastante paciencia para conducir por orden todos sus pensamientos; de aquí procede el que, si se hubiesen tomado una vez la libertad de dudar de los principios que han aceptado, y de apartarse del camino común, jamás podrían encontrar el sendero que es preciso tomar para ir más recto, y permanecerían extraviados toda su vida. Después, de aquellos que, teniendo bastante razón, o modestia, como para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que algunos

otros por los que pueden ser instruidos, deben contentarse más bien con seguir las opiniones de esos otros, y no buscar ellos mismos otras mejores.

Y por lo que a mí se refiere, sin duda habría sido del número de estos últimos si nunca hubiese tenido más que un solo maestro, o si no hubiese sabido de las diferencias que ha habido en todo tiempo entre las opiniones de los más doctos. Mas habiendo aprendido desde el colegio que nada se podría imaginar tan extraño y tan poco creíble que no haya sido dicho por alguno de los filósofos, y luego, habiendo reconocido al viajar que todos aquellos que tienen opiniones muy contrarias a las nuestras no por ello son bárbaros ni salvajes, sino que muchos usan la razón tanto o más que nosotros; y habiendo considerado cuán diferente se hace un mismo hombre, con su mismo ingenio, al ser criado desde su infancia entre franceses o entre alemanes, de lo que sería si hubiese vivido siempre entre chinos o caníbales; y cómo, hasta en las modas de nuestros vestidos, la misma cosa que nos ha gustado hace diez años, y que quizás nos guste aún dentro de otros diez, nos parece ahora extravagante y ridícula, de suerte que es mucho más la costumbre y el ejemplo lo que nos persuade, y no conocimiento cierto alguno, y que, sin embargo, la pluralidad de voces no es una prueba que valga algo por lo que hace a las verdades un poco difíciles de descubrir, a causa de que es mucho más verosímil que un hombre solo las haya encontrado, y no todo un pueblo; no podía yo elegir a nadie cuyas opiniones me pareciera que debían ser preferidas a las de los demás, y me vi como obligado a emprender yo mismo mi propia conducción.

Mas, como un hombre que camina solo y en las tinieblas, me resolví a ir tan lentamente, y a usar de tanta circunspección en todas las cosas, que, si solo avanzaba muy poco, me guardaría mucho, al menos, de caer. Ni siquiera quise comenzar a rechazar completamente ninguna de mis opiniones que hubiese podido deslizarse antaño en mi creencia no habiendo sido introducida en ella por la razón, sin haber empleado previamente bastante tiempo en hacer el proyecto de la obra que emprendía y en buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi mente fuese capaz.

Había estudiado un poco, siendo más joven, entre las partes de la filosofía, la lógica, y, en matemáticas, el análisis de los geómetras y el álgebra, tres artes o ciencias que parecían deber contribuir en algo a mi designio. Pero, examinándolas, advertí que, en la lógica, sus silogismos y la mayor parte del resto de sus instrucciones sirven más para explicar a otros las cosas que se saben, o incluso, como en el arte de Lulio, para hablar, sin juicio, de las que se ignoran, que para aprenderlas. Y aunque contiene, en efecto, muchos preceptos muy verdaderos y muy buenos, hay, no obstante, tantos otros mezclados con ellos, los cuales son o perjudiciales o superfluos, que separar unos de otros es casi tan difícil como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol en el que aún no hay nada esbozado. Después, por lo que hace al análisis de los antiguos y al álgebra de los modernos, aparte de que no se extienden sino a materias muy abstractas y que no parecen de utilidad alguna, el primero está siempre tan restringido a la consideración de las figuras, que no puede ejercitarse el entendimiento sin fatigar mucho la imaginación; y, en el segundo, nos hemos sometido hasta tal punto a ciertas reglas y a ciertas cifras, que se ha hecho de él un arte confuso y oscuro, que embrolla el ingenio, y no una ciencia que lo cultiva. Lo cual fue causa de que pensase yo que era preciso buscar algún otro método que, conservando las ventajas de estos tres, estuviese exento de sus defectos. **Y como la multitud de leyes sirve muy a menudo de disculpa a los vicios, siendo un estado mucho mejor regido cuando hay pocas, pero muy estrictamente observadas, así también, en lugar del gran número de preceptos que encierra la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, supuesto que tomase una firme y constante resolución de no dejar de observarlos una vez quisiera.**

Fue el primero no admitir como verdadera cosa alguna, como no supiese con evidencia que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda.

El segundo, dividir cada una de las dificultades que examinare en cuantas partes fuere posible y en cuantas requiriese su mejor solución.

El tercero, conducir ordenadamente mis pensamientos, empezando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más compuestos, e incluso suponiendo un orden entre los que no se preceden naturalmente.

Y el último, hacer en todos unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a estar seguro de no omitir nada³.

Estas largas cadenas de razones, totalmente simples y fáciles, de que acostumbran a servirse los geómetras para llegar a sus demostraciones más difíciles, me habían proporcionado la ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden caer bajo el conocimiento de los hombres se siguen mutuamente de la misma manera, y que, solamente con tal de que nos abstengamos de aceptar como verdadera ninguna que no lo sea, y de que guardemos siempre el orden que es preciso para deducir unas de otras, no puede haberlas tan alejadas que no lleguemos finalmente a ellas, ni tan ocultas que no las descubramos. Y no me fue muy penoso buscar por cuáles era preciso comenzar, pues sabía ya que había que hacerlo por las más simples y las más fáciles de conocer. Y, considerando que, entre todos aquellos que han investigado anteriormente la verdad en las ciencias, solo los matemáticos han podido hallar algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no dudaba de que no fuese por las mismas que ellos han examinado, aunque no esperaba de ello ninguna otra utilidad, sino que acostumbrasen a mi ingenio a alimentarse de verdades y a no contentarse con falsas razones. Mas no por esto formé el designio de intentar aprender todas estas ciencias particulares que comúnmente son llamadas matemáticas; y viendo que, a pesar de que sus objetos sean diferentes, no dejan de concordar todas ellas en que no consideran en aquellos otra cosa que las diferentes relaciones o proporciones que en ellos se dan, pensé que era preferible que examinase tan solo estas proporciones en general, y sin suponerlas más que en las materias que sirviesen para hacerme su conocimiento más cómodo; incluso también sin restringirlas a ellas en manera alguna, a fin de poderlas aplicar después tanto mejor a todas las otras con que conviniesen. Luego, habiendo advertido que, para conocerlas, en ocasiones me sería preciso considerar cada una en particular, y, a veces, solamente retenerlas o comprender muchas conjuntamente, pensé que, para considerarlas mejor en particular, las debía suponer en las líneas, debido a que no encontraba nada más simple, ni que pudiese representar a mi imaginación y a mis sentidos más distintamente; mas [pensé] que para retenerlas, o comprender muchas de ellas conjuntamente, era menester que las explicase por algunas cifras, las más cortas que fuese posible; y que, por este medio, tomaría todo lo mejor del análisis geométrico y del álgebra, y corregiría todos los defectos del uno por el otro.

Así, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observación de estos pocos preceptos que había elegido, medio tal facilidad para desembrollar todas las cuestiones a las que se extienden estas dos ciencias, que en dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo comenzado por las más simples y más generales, y siendo cada verdad que hallaba una regla que me servía después para encontrar otras, no solo llegué al fondo de muchas que antaño había juzgado yo muy difíciles, sino que también me pareció, hacia el final, que podía determinar, incluso en las que ignoraba, por qué medios, y hasta dónde, era posible resolverlas. A propósito de lo cual, tal vez, no os parezca que soy yo demasiado vano, si consideráis que, no habiendo sino una verdad de cada cosa, quienquiera que la encuentre sabe tanto de ella como se puede saber, y que, por ejemplo, un niño instruido en aritmética, al haber hecho una adición según las reglas de esta, puede estar seguro de haber hallado, en lo tocante a la suma que examina, todo lo que la mente humana podría hallar en ella. Pues, finalmente, el método que enseña a seguir el verdadero orden, y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que proporciona certeza a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me contentaba de este método era que, por él, estaba seguro de usar en todo de mi razón, si no perfectamente, al menos lo mejor que estaba en mi poder. Aparte

³ Prueba de acceso a la universidad – Julio 2015 / Septiembre 2020

de que sentía, practicándolo, que mi mente se acostumbraba poco a poco a concebir más neta y más distintamente sus objetos, y de que, al no haberlo sujetado a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo tan útilmente a las dificultades de las demás ciencias como lo había aplicado a las del álgebra. No es que, por esto, me atreviese a emprender primero el examen de todas las que se presentasen, pues esto mismo habría sido contrario al orden que [dicho método] prescribe. Sino que, habiendo advertido que todos sus principios deben ser tomados en préstamo de la filosofía, en la cual aún no encontraba ninguno que fuera cierto, pensaba que era preciso, ante todo, que tratase de establecer en ella algunos que lo fueran, y que, siendo esta la cosa más importante del mundo, y en la que la precipitación y la prevención eran lo que más se había de temer, no debía intentar llevar esto a cabo sin haber alcanzado una edad mucho más madura que la de veintitrés años, que era la que entonces tenía yo, ni sin haber empleado antes mucho tiempo en prepararme para ello, tanto desenraizando de mi mente todas las malas opiniones que había aceptado antes de este tiempo, como acumulando muchas experiencias para que después fuesen la materia de mis razonamientos, y ejercitándome siempre en el método que me había prescrito, a fin de afianzarme en él cada vez más.

CUARTA PARTE

No sé si os debo entretener con las primeras meditaciones que he hecho, pues son tan metafísicas y tan poco comunes que tal vez no sean del gusto de todo el mundo. Y, sin embargo, a fin de que se pueda juzgar si los fundamentos que he tomado son lo bastante firmes, me veo, de alguna manera, forzado a hablar de ellas. Desde hacía mucho tiempo, había observado yo que, por lo que se refiere a las costumbres, en ocasiones es preciso seguir opiniones que sabemos muy inciertas, igual que si fueran indudables, como más arriba ha sido dicho; mas, puesto que entonces deseaba vacar solamente a la investigación de la verdad, pensé que era menester que hiciese todo lo contrario y que rechazase, como absolutamente falso, todo aquello en lo que pudiera imaginar la menor duda, para ver si, después, quedaría algo en mi creencia que fuese enteramente indudable. Así, a causa de que nuestros sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no había cosa alguna que fuese tal como ellos nos la hacen imaginar. Y, puesto que hay hombres que se equivocan al razonar, incluso en lo tocante a las más simples materias de geometría, y cometan paralogismos en ellas, juzgando que yo estaba sujeto a errar tanto como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que había tomado anteriormente por demostraciones. Y, finalmente, considerando que todos los pensamientos, los mismos que tenemos estando despiertos, pueden también venirnos cuando dormimos, sin que entonces haya alguno que sea verdadero, me resolví a fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi mente no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños.

Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: «yo pienso, luego soy», era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.

Examiné después atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo me encontrase, pero que no podía fingir por ello que no fuese, sino al contrario, por lo mismo que pensaba en dudar de la verdad de las otras cosas, se seguía muy cierta y evidentemente que yo era, mientras que, con sólo dejar de pensar, aunque todo lo demás que había imaginado fuese verdad, no tenía ya razón alguna para creer que yo era, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material; de suerte que este yo, es decir, el alma por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y

hasta más fácil de conocer que éste, y, aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es.⁴

Tras esto, consideré en general lo que se le requiere a una proposición para ser verdadera y cierta; puesto que acababa de encontrar una que sabía que era tal, pensé que debía saber también en qué consiste esta certeza. Y habiendo observado que absolutamente nada hay en esto: *yo pienso, luego yo soy*, que me asegure que digo la verdad, salvo que veo muy claramente que, para pensar, es preciso ser, juzgué que podía tomar por regla general que todas las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son verdaderas, pero que solamente hay alguna dificultad en señalar bien cuáles son las que concebimos distintamente.

Al reflexionar, a continuación de lo anterior, acerca de que yo dudaba y que, en consecuencia, mi ser no era del todo perfecto, pues veía claramente que conocer era una perfección mayor que dudar, se me ocurrió indagar de dónde había aprendido yo a pensar en algo más perfecto de lo que yo era; y conocí de manera evidente que debía ser a partir de alguna naturaleza que fuera en efecto más perfecta. Por lo que hace a los pensamientos que tenía yo de muchas otras cosas fuera de mí, como el cielo, la tierra, la luz, el calor y mil otras, no me inquietaba tanto saber de dónde venían, pues no observando nada en ellas que me pareciese hacerlas superiores a mí, podía creer que, si eran verdaderas, eran dependientes de mi naturaleza en tanto que esta poseía alguna perfección; y si no lo eran, que yo las obtenía de la nada, es decir, que estaban en mí porque era yo defectuoso. Mas no podía suceder lo mismo con la idea de un ser más perfecto que el mío; haberla obtenido de la nada era algo manifiestamente imposible. Y, puesto que no hay menos repugnancia en que lo más perfecto sea una consecuencia y algo que depende de lo menos perfecto, de la que hay en que de nada proceda algo, no la podía obtener tampoco de mí mismo. De manera que quedaba que hubiese sido puesta en mí por una naturaleza que fuese verdaderamente más perfecta que yo, y que incluso tuviese en sí todas las perfecciones de las que podía tener yo alguna idea, es decir, por explicarme con una palabra, que fuese Dios. A lo cual añadía yo que, puesto que conocía algunas perfecciones que yo no poseía, no era yo el solo ser que existía (usaré aquí libremente, si me lo permitís, las palabras de la Escuela), sino que era preciso, de necesidad, que hubiese algún otro más perfecto del que yo dependiese y del que hubiese adquirido todo lo que yo tenía. Pues si yo hubiese sido solo e independiente de todo otro, de suerte que hubiese obtenido de mí mismo todo este poco que yo participaba del ser perfecto, habría podido obtener de mí, por la misma razón, todo el excedente que sabía me faltaba, y, así, ser yo mismo infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente y, en fin, poseer todas las perfecciones que podía observar que se dan en Dios. Pues, según los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios tanto como la mía era capaz de hacerlo, no tenía sino que considerar, a propósito de todas las cosas de las que hallaba en mí alguna idea, si era perfección, o no, poseerlas, y estaba seguro de que ninguna de las que marcaban alguna imperfección se daba en él, pero que todas las demás sí se daban. Así, veía que la duda, la inconstancia, la tristeza y las cosas semejantes a estas no podían darse en él, puesto que yo mismo habría estado muy contento si hubiese estado exento de ellas. Luego, además de esto, tenía yo las ideas de muchas cosas sensibles y corpóreas, pues, aunque supusiese que soñaba y que todo lo que veía o imaginaba era falso, no podía negar, no obstante, que esas ideas estuviesen verdaderamente en mi pensamiento. Mas, puesto que ya había conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corpórea, considerando que toda composición da testimonio de la dependencia, y que la dependencia es, manifiestamente, un defecto, juzgué a partir de ahí que en Dios no podía ser una perfección estar compuesto de estas dos naturalezas, y que, en consecuencia, no lo estaba, sino que, si había cuerpos en el mundo, o bien algunas inteligencias, u otras naturalezas que no fuesen del todo perfectas, su ser debía depender de su potencia, de tal suerte que no podían subsistir sin él ni un solo momento.

Quise buscar, tras esto, otras verdades, y habiéndome propuesto el objeto de los geómetras, el cual concebía yo como un cuerpo continuo, o como un espacio indefinidamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en diversas partes que podían tener diversas figuras y tamaños, y ser movidas o traspuestas de todas las maneras, pues los

⁴ Prueba de acceso a la universidad – Julio 2017

geómetras suponen todo esto en su objeto, recorrió algunas de sus demostraciones más simples. Y habiendo advertido que esta gran certeza, que todo el mundo les atribuye, no está fundada sino en que se las concibe de manera evidente, según la regla que antes he dicho, advertí también que en ellas no había nada en absoluto que me asegurase de la existencia de su objeto. Pues, por ejemplo, veía bien que, al suponer un triángulo, era preciso que sus tres ángulos fuesen iguales a dos rectos, pero no por ello veía yo algo que me asegurase de que en el mundo hubiera triángulo alguno. Mientras que, al volver a examinar la idea que tenía yo de un ser perfecto, hallaba que la existencia estaba comprendida en ella, de la misma manera que está comprendida en la de un triángulo que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, o, en la de una esfera, que todas sus partes son equidistantes de su centro, o incluso aún más evidentemente; y que, en consecuencia, que Dios, que es este ser perfecto, es o existe, es por lo menos tan cierto como pueda serlo cualquier demostración de la geometría.

Pero lo que hace que haya muchos que se persuaden de que hay dificultad en conocerle, e incluso también en conocer lo que es su [propia] alma, es que no elevan jamás su ánimo más allá de las cosas sensibles, y que están hasta tal punto acostumbrados a no considerar nada sino imaginándolo —lo cual es una manera de pensar particular para las cosas materiales—, que todo lo que no es imaginable les parece no ser inteligible. Esto se pone bastante de manifiesto en que incluso los filósofos tienen por una máxima, en las Escuelas, que no hay nada en el entendimiento que no haya estado primeramente en el sentido, donde, no obstante, es cierto que las ideas de Dios y del alma jamás han estado. Y me parece que quienes quieren usar su imaginación para comprenderlas hacen lo mismo que si, para oír los sonidos, u oler los olores, se quisiesen servir de sus ojos. Aunque hay en ello esta diferencia: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos de lo que lo hacen los del olfato o el oído, mientras que ni nuestra imaginación ni nuestros sentidos podrían asegurarnos nunca de cosa alguna si nuestro entendimiento no interviene en ello.

En fin, si aún hay hombres que no estén lo bastante persuadidos de la existencia de Dios y de su alma por las razones que he aportado yo, quiero que sepan que todas las otras cosas, de las que tal vez piensan que están más seguros, como de tener un cuerpo, y de que hay astros, y una tierra, y otras cosas semejantes, son menos ciertas. Pues, aunque se tenga una seguridad moral acerca de estas cosas, la cual es tal que parece que, a menos de ser extravagante, no se puede dudar de ellas, sin embargo, tampoco, a menos que se sea poco razonable, cuando es cuestión de una certeza metafísica, se puede negar que haya motivos —los bastantes como para no estar enteramente seguros— para haber advertido que se puede, de la misma manera, imaginar, estando dormido, que se tiene otro cuerpo, y que se ven otros astros, y otra tierra, sin que haya nada de ello. Pues, ¿de dónde se sabe que los pensamientos que nos vienen en sueños son más falsos que los otros, dado que a menudo no son menos vivos y expresos? Y que los mejores ingenios estudien este asunto cuanto gusten; yo no creo que puedan dar ninguna razón que sea suficiente para eliminar esta duda si no presuponen la existencia de Dios. Pues, en primer lugar, esto mismo que he tomado yo antes por una regla, a saber, que todas las cosas que concebimos muy claramente y muy distintamente son verdaderas, no está asegurado sino porque Dios es o existe, y porque es un ser perfecto, y porque todo lo que hay en nosotros procede de él. De donde se sigue que nuestras ideas o nociones, pues que son cosas reales y proceden de Dios, en todo aquello en lo que son claras y distintas, no pueden ser, en eso, sino verdaderas. De suerte que si, muy a menudo, las tenemos que contienen falsedad, esto no puede ser sino en aquellas que tienen algo de confuso y oscuro, a causa de que, en esto, participan de la nada, es decir, que son en nosotros así de confusas solo porque no somos del todo perfectos. Y es evidente que no hay menos repugnancia en que la falsedad o la imperfección, en tanto que tal, proceda de Dios, de la que hay en que la verdad o la perfección proceda de la nada. Mas si no supiéramos que todo lo que hay en nosotros de real y de verdadero procede de un ser perfecto e infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no tendríamos ninguna razón que nos asegurase de que tendrían la perfección de ser verdaderas.

Ahora bien, una vez que el conocimiento de Dios y del alma nos ha hecho así [estar] ciertos de esta regla, es bien fácil conocer que las ensoñaciones que imaginamos estando

dormidos no deben, en manera alguna, llevarnos a dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos estando despiertos. Pues si sucediese, incluso durmiendo, que se tuviese alguna idea muy distinta —como si, por ejemplo, un geómetra inventase alguna nueva demostración—, el sueño no impediría que fuese verdadera. Y en cuanto al error más habitual de nuestros sueños, consistente en que nos representan diversos objetos de la misma manera que lo hacen nuestros sentidos exteriores, no importa que nos proporcione la ocasión de desconfiar de la verdad de tales ideas, ya que estas también pueden engañarnos bastante a menudo sin que durmamos —como cuando quienes tienen ictericia lo ven todo de color amarillo, o [como cuando] los astros u otros cuerpos muy alejados nos parecen mucho más pequeños de lo que son—. Pues, en fin, ya sea que velemos, ya que durmamos, jamás debemos dejarnos persuadir sino por la evidencia de nuestra razón. Y se ha de observar que digo de nuestra razón, y no de nuestra imaginación ni de nuestros sentidos. Al igual que, aunque vemos el sol muy claramente, no por ello debemos juzgar que sea del tamaño como lo vemos. Y bien podemos imaginar distintamente una cabeza de león sobre el cuerpo de una cabra sin que sea preciso concluir por ello que en el mundo haya quimeras; pues la razón no nos dicta que lo que vemos o imaginamos así sea verdadero, sino que nos dicta que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad. Pues no sería posible que Dios, que es del todo perfecto y verdadero, las hubiese puesto en nosotros sin esto. Y dado que nuestros razonamientos no son jamás, durante el sueño, tan evidentes ni tan enteros como durante la vigilia, aun cuando a veces nuestras imaginaciones sean entonces tanto o más vivas y expresas, ella nos dicta también que nuestros pensamientos, no pudiendo ser todos verdaderos, pues no somos enteramente perfectos, lo que poseen de verdad debe encontrarse, infaliblemente, en aquellos que tenemos estando despiertos, más bien que en nuestros sueños.